

Sobre la vivencia concreta de lo sexual¹



VLADIMIR SAFATLE

Eduardo Leal Cunha publicó una respuesta al artículo publicado por mí en esta revista, cuyo título era «No hay heterosexuales». Inicialmente, quisiera agradecerle por sistematizar en su artículo críticas relevantes a lo que escribí. Creo que este debate es a menudo víctima de malas caricaturas de ambas partes, y la oportunidad de abordarlo claramente solo puede ser bien recibida.

Empezaría diciendo que Eduardo tiene razón. Hay homosexuales. Si no elegí ese título para mi artículo, si en algún momento traté de derivar como consecuencia de la inexistencia de heterosexuales la supuesta inexistencia similar de homosexuales, es por una razón muy simple: no creo en esa equivalencia. No creo que sea políticamente correcto operar con tal simetría. Creo que es importante dejar claro que quienes desde años hacen, como yo, la crítica de la inflación identitaria como operador político -hasta el punto de creer que es importante denunciar el riesgo de un cierto monolingüismo de la gramática de las luchas sociales que tal inflación tiende a producir- no desestiman el recurso estratégico a la identidad.

Sería fácil decir que los críticos del inflacionado uso político de la identidad ignoran que homosexuales, negros y mujeres «son discriminados desde muy temprano en la escuela, en el trabajo y en las sociedades de formación psicoanalítica, y no me refiero únicamente a la tradicional y conocida por conservadora Asociación Psicoanalítica Internacional», como

1 Réplica de Vladimir Safatle a Eduardo Leal Cunha.

menciona Eduardo. Sería fácil decir que hablan de entidades abstractas y que son incapaces de tener en cuenta el carácter concreto de la violencia social. Sería fácil, pero sería simplemente incorrecto e injusto. Creo haber expresado varias veces a lo largo de los años que considero absolutamente legítimo y necesario el uso provisorio del concepto de identidad como marcador de violencia social, precisamente porque toma en cuenta fenómenos como los descritos por Eduardo.

La historia conoce varias situaciones concretas en las que términos previamente construidos por marcadores de exclusión y opresión (homosexual, *queer*, judío) son recuperados dentro de las luchas sociales para dar visibilidad a procesos de violencia muy claramente dirigidos e insistentemente repetidos. Esta es una estrategia que ya ha demostrado su efectividad, no se trata de cuestionarla y simplemente nunca la he cuestionado, en ningún momento. En mi opinión, el tema es otro. De hecho, hay que preguntarse si esa es la única estrategia política que tenemos a nuestra disposición. Lo que yo defiendo es que es necesario operar en conjunto con otras estrategias y que existen serios riesgos que deben tenerse en cuenta si acabamos operando solamente con una.

Precisamente por poner el problema en este nivel, no puedo estar de acuerdo, en absoluto, con que «el razonamiento de Vladimir en su artículo es muy cercano al que ha hecho que tantos psicoanalistas afirmen, repetidamente, que no hay blancos ni negros, sino sujetos», ya que considero que quienquiera que haya dicho algo así debería dejar de hacer clínica. Los modos de sufrimiento psíquico están ampliamente enraizados en las dinámicas de sufrimiento social, y el racismo es una forma estructurante de sufrimiento social. No poder escuchar esta imbricación en el interior de la clínica es simplemente ignorancia con relación al sujeto que un analista tiene enfrente de sí.

Creo que la expresión de Eduardo muestra el tipo de error que resulta al creer que las múltiples formas de opresión y sometimiento que componen el tejido social deban ser tratadas a partir de las mismas estrategias políticas, como si estuviéramos hablando de categorías ordenadas en un mismo nivel. Sin embargo, clase, raza y sexualidad (solo para quedarse en estas tres) no tejen relaciones de equivalencia, ni siquiera a partir del punto de vista de sus dinámicas de opresión. Es necesario,

por lo tanto, saber operar con sus singularidades. Lo que es del orden de la sexualidad, por ejemplo, se constituye a partir de una profunda disyunción entre prácticas y normas. Lo que Eduardo llama «vivencia concreta de lo sexual» (fantasías, circuitos de afectos, dinámicas de goce) no se confunde, en ningún sujeto, con las normatividades sociales constituidas. Cada sujeto tratará esta disyunción a su manera, pero ella no cesará de asombrarlo.

Esta disyunción, que puede ser una importante arma política (y quizás una cuestión política central sea precisamente pensar cómo convertirla en fuerza), no es, por ejemplo, el elemento estructurante de las cuestiones raciales, al menos no de esa manera. Por eso, desde el punto de vista de su performatividad, es decir, desde el punto de vista de lo que son capaces de producir, enunciados como «no soy heterosexual», dicho por alguien socialmente situado en esa categoría, y «no soy blanco», enunciado por alguien que la sociedad reconoce como tal, producen efectos radicalmente antagónicos. No en vano el segundo forma parte de las estrategias clásicas de sociedades que intentan enmascarar su racismo a través del torpe discurso del mestizaje. El primero, en cambio, merece una discusión de diferente índole porque estamos ante un fenómeno de otra naturaleza. Se debe diferenciar mejor para operar mejor.

Eduardo no piensa de la misma manera, lo que le lleva a decir: «Por lo tanto, no es posible reconocer la fuerza de la heteronormatividad y al mismo tiempo suponer que no existen heterosexuales. Estas dos existencias se determinan y se producen mutuamente, y uno de sus efectos está en el hecho de que si deseamos “objetos que circulan o se fijan entre cuerpos, en cuerpos”, estos cuerpos se sitúan jerárquicamente en relación con la heteronorma y terminan por definir límites para los sujetos que los habitan».

Yo diría que, por el contrario, estas dos existencias no se determinan y no se producen mutuamente. Para eso, sería necesario que la vivencia concreta de la sexualidad estuviera o especularmente constituida por la norma, o que operara mutuamente como un factor con el que la norma debería negociar, flexibilizándola, quitando su carácter coercitivo y brutal. Pero no ocurre ninguno de estos dos fenómenos. La vivencia erosiona continuamente la norma porque la vivencia no es solo el resultado del sistema de deliberaciones y decisiones de los individuos. Ella es una

dinámica indefensa del inconsciente y sus flujos libidinales. Por esta razón, la relación entre vivencia y norma es una relación de disparidad, y quienes participan en el proceso de emancipación social deben aprovechar esa disparidad a su favor.

Esto no implica, de ninguna manera, ignorar que existe una jerarquía de cuerpos en nuestra sociedad. Jerarquía presentada como «premio» a quienes son capaces especialmente de masacrar la multiplicidad de sus vivencias sexuales.

Creo que la diferencia con la posición de Eduardo viene, en gran medida, de afirmaciones como: «Para afirmar que no existen heterosexuales, ni tampoco la relación sexual, quizá sea necesario cuestionar también el binarismo de género, lo que no se podría hacer sin cuestionar mínimamente la diferencia sexual y su estatuto de invariante antropológica». Si hay una potencialidad política interesante en el psicoanálisis, radica precisamente en el hecho de recordar que la diferencia sexual no es del orden de una realidad antropológica. Porque esa diferencia, tal como opera en la vida concreta del deseo, no es una diferencia de oposición entre géneros.

La función lacaniana de afirmar que «la mujer no existe» radica en decir que el único orden que produce existencia social es el que organiza todas las formas de goce a partir de un régimen fálico, ya sea este presente en «hombres» o «mujeres». Por lo tanto, ese goce debe ser derrocado con los lugares que él sostiene. Entonces, la verdadera diferencia no está ahí. La diferencia es interna a todo sujeto y se encuentra entre las condiciones de existencia y aquello que se sostiene como inexistente. Es parte de nuestra fuerza política hacer de lo inexistente algo con más realidad que lo existente, como siempre ha ocurrido en todo proceso revolucionario efectivo. En mi opinión, la cuestión central es saber cómo.

Insisto en lo que inicialmente llamé de «riesgo» producido por un uso exagerado del concepto de identidad. En un momento de su texto, Eduardo dice lo siguiente: «Vladimir es ciertamente heterosexual y una prueba viva de que ellos existen. Lo que, por cierto, es atestiguado por muchos, ya que los supuestamente inexistentes heterosexuales pueden salir a la calle de la mano de sus objetos parciales, sin riesgo de sufrir algún tipo de violencia. Yo, no».

Me gustaría llamar la atención sobre la operación aquí realizada, sobre su carácter problemático, algo cercano a una especie de «interpelación subjetiva forzada». Eduardo consideró adecuado definir en mi lugar lo que yo sería sin tener en cuenta lo que yo había dicho o sin tener cualquier acceso a lo que sería la singular «vivencia concreta de lo sexual» de la que él mismo habla. Lo que lo legitimaría a eso es la diferencia de exposición a la violencia social. Frente a una violencia social, él opera otra, que consiste en definir y determinar un lugar al otro simplemente sin tener en cuenta el discurso de quien fue definido o la naturaleza efectiva de su vivencia.

Creo que esto ocurre porque hay aquí una sintomática limitación de la estrategia política. Esta limitación consiste en preservar el binarismo que se quiere criticar, preservando así la gramática que debería haber sido abandonada, con la esperanza de operar una especie de transvaloración de valores y lugares. En mi opinión, esto ocurre porque, de entrada, se elimina la posibilidad de trabajar la fuerza política de la desidentificación generalizada. Se sospecha de la disparidad en lo sexual y, además, ni siquiera se piensa que promover procesos de desidentificación sería una dinámica importante para la caída de órdenes que queremos combatir. Sería la condición para avanzar hacia otra gramática social. Si la urgencia requiere una movilización provisional de la identidad, la praxis política se degrada cuando mide solamente la urgencia (del mismo modo que se atrofia si no se tiene en cuenta la urgencia). Más dialéctica sería algo bueno en este punto.

No estoy de acuerdo con una afirmación como: «Al fin y al cabo, el desorden en el género que hemos registrado en los últimos años fue obra de personas comprometidas en prácticas sexuales y performances de género disidentes». El desorden de género es una fuerza bruta, quizás la única que puede dar sentido a una verdadera totalidad. Ella está allí erosionando cada paso de aquellos que buscan ignorarla. Está allí impulsando la creación a quien es capaz de escucharla. Históricamente, ya ha estallado muchos edificios que se creían sólidos y ya abrió muchas dinámicas allí donde muchxs veían solamente parálisis.

Ese desorden ocurre como una proliferación, pero también como descomposición y deshacimiento. Una afirmación como esa de Eduardo puede tener sentido si tenemos en vista únicamente los procesos de

luchas sociales y sus protagonistas. Pero las luchas sociales también son alimentadas e impulsadas por instauraciones estéticas, experiencias clínicas, encuentros afectivos. No se gana nada descalificando todo eso. Quien se olvidó, que lea *Gran sertón: Veredas*. ♦